

Biografía de Gustavo Adolfo Bécquer

Por

Marcos Molina Fernández

Desde los confines de lo impensable, corriendo el año 1830, voló hasta nosotros una diminuta chispa, que a bien tuvo encarnar en el seno de una familia sevillana. Joaquina Bastida Vargas, desposada con el ilustre pintor José Domínguez Inausti, quien firmara sus pinturas con el apellido de sus antepasados flamencos, Bécquer, el cual tomarán, bautizo por derecho, los hermanos Gustavo Adolfo y Valeriano, ambos dibujantes excelentes. Vino Gustavo Adolfo el 17 de febrero, últimos días de Acuario, auspicio de artistas, de soñadores, fabuladores, patrón de aquellos que discurrimos por el mundo sin sentir el peso de nuestros cuerpos, ligeros, sin que los pies se planten, acaso raras veces, sobre la corteza de los suelos. Conocemos cuando nació lo romántico, unos dicen que viajantes alemanes, a quienes perturbó divinamente el salvajismo español —y hablaron de España como un país romántico—, otros lo ven en Goethe, clara bisagra entre la adustez del racionalismo ilustrado y el embarque hacia los adentros, que será el rumbo que tomen los románticos; luego está el “otro”, el gran otro, diría yo, Borges, que dirá que fue Escocia quien concibió el Romanticismo, de manos del emblemático personaje literario Mac Pherson... No me atrevo a ubicar. Sí puedo asegurar que el romanticismo nació bajo los auspicios del divino signo de Acuario.

Los hilos cósmicos llevaron a Gustavo a la escuela de náutica San Telmo, corriendo el año 1846. Tales hilos lo hicieron conocer a un excelso profesor de literatura alumno del ilustre Alberto Lista —para aquellos madrileños que conocen la parada de la línea cuatro, sin conocer de quién y por qué; en su honor lleva su nombre—, y así comienzan los primeros furores literarios del joven sevillano. Y tales inadvertidos hilos, que nunca actúan solos, llevaron a otro joven a parar a la misma escuela: Narciso Campillo, que será amigo de Bécquer hasta que regrese éste a lo inefable.

No concluirá sus estudios... Los hilos, los hilos de nuevo, harán clausurar la escuela, y llevarán a Gustavo a Madrid, donde conocerá aquellas parcelas íntimas del amor, sus peores deleites y sus mejores torturas; esto, sumado a su carácter sembrado en sus átomos, intuitivo y sensible, terminará por hacer de él el poeta que fue, y que, en palabras de tantos ilustres, prenderá la mecha poética del XX y tantos de sus *ismos*.

Tuvo la idea de escribir a cerca de los *Templos de España*, algo había en ellos que colmaba de una mirada mágica al poeta, algo que corre velado por sus leyendas: su propósito era develar el encuentro entre la arquitectura, la historia y la espiritualidad que encerraban tales construcciones medievales; algo que nos recuerda a aquel otro proyecto de aquel otro romántico, Novalis y su *Enciclopedia Universal*, donde quería hablar simplemente de todo, y las influencias y confluencias de todo en todo. Al igual que su predecesor alemán, el proyecto de Bécquer se vio truncado, no viendo la luz más que el primero de los tomos —ilustrado, por cierto, por Valeriano—.

Dedicose entonces a la traducción de piezas de teatro, y al discurrir de labores más periodísticas, tantas veces banales, dando el parte periódico de los últimos cotilleos de salón, de política o sociedad, sin perder, eso nunca, la luz de sus palabras.

Hacia 1858 Bécquer ya es alguien enfermizo y distante, y será en este mismo año cuando caiga enfermo en materia de otras cosas: los amores (oh hilos cósmicos, hilos celestes, torturadores... Más qué sería la poesía sin vosotros): conoce a las hermanas Espín —comienzan así las analogías de los nombres, divinas ironías providenciales, que nos recuerdan a los curiosos recursos de Galdós, que da nombres nunca en vano a sus personajes—. Y en riguroso orden, como corresponde a un caballero de época, cortejó, primero a una, Josefina, y a otra después, Julia. Dirán los más allegados al poeta que los ojos azules que refulgen en sus rimas serán los ojos de Julia, quien, al parecer, más sembró su corazón de deleitosos y espinados frutos. Aquellos ojos que a bien tuvo Bécquer inmortalizar entre sus versos, ojos que mirarán para siempre hacia fuera de las páginas, mirarán a cualquiera de nosotros, inquietos e infatigables lectores. Ay, Julia Espín, quizá hubieras desespinado tu nombre si hubieras visto con aquellos ojos hechos de materia, lo que Gustavo haría con ellos para toda la eternidad.

Después vendrá Elisa Guillén, y guillotino este párrafo, por respeto a la intimidad de los amantes, que su amor pueda por siempre permanecer bajo el velo de estas palabras, oculto a buscadores curiosos. Decir solo que, tras el amor, Elisa Guillén guillotino el alma de Bécquer, hastiada ya de sus vuelos bohemios, lo abandonó a su pobre fortuna.

En 1861, los juegos del azar llevan a Bécquer a unirse en matrimonio con todo un elemento: Casta Esteban hija del doctor que trataba al poeta en sus problemas de salud —de Casta, por cierto, tendría poco—. Tres hijos vinieron al mundo de tan inesperada unión —sus amigos y hermano Valeriano quedarán sorprendidos del repentino enlace con tamaña dama, del gusto, por cierto, de ninguno—. Siete años después, la fulgente Casta decide poner fin a su castidad extra-matrimonial, y emprende sus propios idilios físico-carnales con a saber quien. El matrimonio se separa, y el pobre estado de salud del poeta, y su ánimo cada vez más deshecho, irán debilitándolo más y más, hasta que, el 22 de diciembre de 1870, tres meses después de la muerte de Valeriano, la eternidad se lo llevó de vuelta. Sus amigos Augusto Ferrán y Rodríguez Correa, recompondrán toda su obra, y harán porque vea la luz al fin.

Las últimas palabras que el poeta pronunció fueron “Todo mortal”. Dios mío, qué solos se quedan los muertos. Hubo eclipse total en Sevilla ese día. El propio Jesús de Nazaret perdió la fe en los últimos instantes en la Cruz, y cuenta una leyenda que, un tiempo después, regresó: había perdido el miedo. ¿Acaso Bécquer regresará algún día? Seguiremos aguardando. Quizá ya volvió, ¡y nuestros vagos ojos no nos dejaron ver!